

PRESENTACIÓN EN EL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANO DEL TOMO 25
DE LAS OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ MARTÍ, EL 24 DE SEPTIEMBRE DE
2015

RODOLFO SARRACINO

Me complace presentarles el tomo 25 de la edición crítica que nuestro ya conocido grupo de investigadores, editores y técnicos, dirigidos por el compañero Pedro Pablo Rodríguez, continúa desarrollando contra viento y marea. Se trata de un proyecto que puede llegar a ser una guía imprescindible para futuras generaciones de estudiosos de la vida y la obra de José Martí, cuya existencia resume lo mejor de la cultura, la ética y la humanidad del pueblo cubano.

Estamos, pues, ante un tomo de las Escenas Norteamericanas que abarca lo que escribiera Martí entre agosto de 1886 y julio de 1887, con sus índices general, de nombres, de materias, geográfico, cronológico y notas finales, que constituyen un marco apropiado para abordar en profundidad los males sociales y políticos de aquellos días en Estados Unidos, por cierto, aún no superados.

Son 504 páginas, distribuidas entre 36 crónicas, 23 cartas y un apéndice. Como en tomos anteriores, la mayoría de las cartas tienen un destinatario principal: Manuel Mercado, que recibe catorce de las misivas. Le sigue en número las cinco dirigidas a su amigo Fermín Valdés Domínguez. Se destaca un fragmento de la misiva que enviara a Domingo Faustino Sarmiento, así como las que remitiera a José García Hernández, Nicolás Domínguez Cowan y Rafael Zayas Enriquez.

Como es característico de ese período, se aprecia en las crónicas el estudio profundo de la sociedad estadounidense, sus valores declinantes y sus deficiencias estructurales, sin que falten las noticias comentadas de “interés humano”, cuyo imperio en las planas de los periódicos locales indicaba un creciente interés de las grandes mayorías del país por su propia suerte, a la par que los intereses financieros e industriales perfeccionaban la técnica periodística, la más efectiva en aquellos días, para preservar su supremacía

social en el territorio nacional, en tanto se aprestaban al asalto de nuestra América y el mundo.

Todo se refleja en la pluma genial de Martí, en este tomo excepcional en su estilo siempre brillante, pero notablemente directo, que hizo realidad los sueños de un periodismo transformado en subgénero literario. Sorprende la riqueza de las informaciones que nos entrega, desde el contenido de la educación primaria de Nueva York, donde no bastaban los pupitres disponibles en una ciudad, ya gigantesca, donde tantos niños corrían por las calles sin acceso a la primera enseñanza, mientras que a los privilegiados les eran aplicados castigos corporales dolorosos, en todos los casos nada educativos, que los condicionaban a la violencia, hoy alentada por medios más sofisticados.

Se destaca, por su poderoso poder descriptivo, el artículo de Martí sobre “el terremoto de Charleston”, en el que sólo faltan los gritos y los quejidos de los millares de ciudadanos heridos o agonizantes, en el que describe, con singular elocuencia, como si lo hubiera presenciado, el poder destructivo de la naturaleza. Y también comenta la ausencia de ayuda gubernamental para los damnificados, especialmente para la población negra.

No faltan, como en otros tomos de ese período, sus comentarios eruditos sobre las artes en Estados Unidos. Al pintor húngaro Michael Munkácsy, a quien califica de genial, dedica un artículo completo por su habilidad para reproducir la luz, la atmósfera, que rodeaban el drama de Jesús Nazareno como un hecho que en su pintura adquiere rasgos de humanidad y hasta heroísmo. En el mismo tomo dedica otros comentarios siempre elogiosos a ese extraordinario pintor.

Pero lo más notable en el Martí de esos días, que parecen tan lejanos, es su convicción de que el corrupto sistema político estadounidense estaba agotado, con su bipartidismo incapaz de aportar soluciones a las contradicciones del capitalismo, que se movía entre dos mascarillas que ocultaban idénticos intereses: la explotación de los hombres y de las riquezas naturales nacionales y extranjeras.

Y Martí, como tantos trabajadores de un país que involucionaba hacia el imperialismo, unió su entusiasmo y su esperanza a la de millares de obreros que se organizaban en un tercer partido, al que Martí dio en Nueva York una calurosa bienvenida: el Partido Unido del Trabajo que dirigía el visionario Henry

George, cuyos planes y líneas de acción reflejaban con mayor fidelidad los justos intereses de quienes producían todas las riquezas.

A Henry George se unían las fuerzas del catolicismo militante: un joven sacerdote, el padre Edward McGlynn, de familia irlandesa, movilizaba en la enorme urbe a miles de feligreses en la lucha contra el desempleo crónico, la miseria, el hambre, la corrupción; contra los políticos corruptos, literalmente al servicio de los intereses industriales y financieros adueñados del poder.

La otra cara de la crisis del país se evidenciaba en las oleadas frecuentes de emigrados irlandeses que huyéndole al hambre, llevaban en sí la esencia del cristianismo humano, más sencillo y cercano a las enseñanzas de Jesús Nazareno, de un pueblo que no se había rendido jamás al poder del imperio británico.

A pocos días de la visita del Papa Francisco a Cuba, es interesante evocar el marcado contraste entre los días del Papa León XIII, que condenó a McGlynn a la excomunión por defender los intereses de los pobres, y Martí, uno de sus críticos más consecuentes, y el Papa Francisco, tan cercano a las masas desposeídas de hoy, no menos numerosas que las de entonces.

Algunas de las frases más rigurosas que Martí jamás haya dirigido a la Iglesia aparecen en el primer artículo que tituló “El cisma de los católicos en Nueva York”, en el que se preguntaba, el 31 de enero de 1887, frente a las acusaciones del Papa León XIII a McGlynn. ¿”A quien podría ofender ese santo que vive para los pobres?”. Pocos días después, Martí continuaba informando a sus lectores en la Argentina:

El cisma sigue en la iglesia católica. Diez mil católicos han vuelto a reunirse en el Hipódromo de Madison para declarar su resistencia a recibir dictado alguno de la iglesia sobre sus opiniones económicas y políticas. Y el padre McGlynn, que se ha hecho persona nacional, afirma en un documento público que la iglesia no prohíbe enseñar que la tierra es propiedad común y que ni el Arzobispo, ni la propaganda, ni el Papa, tienen derecho a coartar los actos de ciudadano de un sacerdote, en materias que no estén expresamente condenados por la iglesia. “Así es”, dice citándolo, “como nuestra iglesia se ha hecho odiosa, y ha llegado a parecer enemiga de la libertad. El Papa no tiene derecho sobre mi como ciudadano. A Roma no iré”.

Y no fue, citado por León XXX para escuchar sus diatribas. A la postre el padre McGlynn fue excomulgado. Pero la duda estaba sembrada y las grandes mayorías se inclinaron a su favor. Fue sin duda una victoria, pero sólo un breve paréntesis que se extinguió en el curso de los sufridos episodios de una lucha que tanto parecía prometer para el pueblo de Estados Unidos, y quien sabe, a más largo plazo para la revolución cubana, que ya renacía, Martí se preparaba para la organización de un nuevo intento independentista, con el apoyo de un partido sin precedentes, el Partido Revolucionario Cubano.

Es frecuente en los textos la mención de los “mercenarios políticos” que se beneficiaban de todas las contradicciones de la sociedad neoyorquina. Nos hemos referido a una crisis que tuvo lugar hace ciento veintisiete años antes que la Iglesia, en nuestros días, promoviera un jesuita de origen latinoamericano modesto a Papa y reconociera que los pobres del mundo también tienen derecho a la misericordia cristiana. No es extraño que la prensa estadounidense haya filtrado que el Papa Francisco ha perdido en Estados Unidos decenas de puntos de su popularidad. Debe cuidarse. Pero según sus propias palabras, lo que no puede perderse es la esperanza.

En aquellos años de duras batallas obreras, Martí no deja de informar en varios artículos a sus lectores acerca de las numerosas huelgas de los obreros desesperados por la miseria, asociada a las terribles condiciones de la acumulación de capitales.

En una de las crónicas titulada “Un mes de vida norteamericana” que aparece en la página 132 del tomo que les presento, Martí concluye su relato con un hecho que marcó la huelga de los obreros carboneros, empeñados en la lucha contra el intento de las empresas de frustrar, no la pretensión de un aumento, sino la reducción de los salarios. Martí habla para la historia con palabras lacerantes:

“Los mercenarios” [se refería a rompehuelgas y policías] “cargan sobre los niños y matan de un balazo a uno de ellos. ¿Qué han hecho los huelguistas? ¿Se han encendido en furia? ¿Han devuelto muerte por muerte? ¿Han despedazado con los dientes la tablazón que guarda las riquezas de la compañía? No. En número de diez mil, con la cabeza descubierta, en silencio, han acompañado en sus funerales al niño infeliz y han dejado sobre su féretro una corona de flores pobres. ¡A nuestro compañero! Junto a la tumba rompió a sollozos la madre del niño

asesinado. Los hombres, los diez mil hombres, se volvieron a sus tugurios sin comida caliente, y sin carbón. Siempre en silencio. La compañía cotizaba sus acciones a 67 el año pasado, y este año las cotiza a 135.

La huelga, nos informan los diarios locales, la ganaron los obreros. En medio de una lucha que costó la vida invaluable de un niño, en breves líneas escritas en un estilo conciso y penetrante, Martí caracterizó la sociedad del país en que vivía.

El tomo 25, en fin, es literalmente, en todos sus textos, una invitación a penetrar en el mundo de Martí, preñado de revelaciones y enseñanzas que mueven a la meditación y permiten comprender la complejidad de su misión revolucionaria, a la que dedicaría el sacrificio de su preciosa vida.

La Habana, 24 de septiembre de 2015